

LA DICOTOMÍA ALFABETIZACIÓN/ANALFABETIZACIÓN¹

Berta Braslavsky

Para definir mejor la alfabetización conviene analizar el término igualmente relativo de su opuesto, el analfabetismo. Los términos asimétricos de “letrado/iletrado” (o alfabetizado/analfabeto), que datan de la segunda mitad del siglo XVI, se anticipan en varios siglos al término “*literacy*” (alfabetización) aparecido en el léxico inglés casi al final del siglo XIX.

En la Edad Media, ser letrado significaba saber leer, mínimamente, latín. No comprendía la escritura, que entonces era una técnica compleja y ardua reservada a los “copistas”. Téngase en cuenta que esa técnica, que incluía el procesamiento del pergamino y las plumas, requería instrumentos especiales y esfuerzos corporales.

A partir de los cambios tecnológicos que produjo el uso del papel y de los renovados instrumentos de escritura y sus consiguientes cambios, pero sobre todo gracias a la introducción de la lengua vernácula por la Reforma, se consideraba letrada a una persona que podía leer –o mejor dicho descifrar– la lengua nativa.

Se reconoce que el término moderno “alfabetizado” o “letrado” (“*literate*” en inglés) connota un nivel bajo del conocimiento y uso de la lectura y la escritura. Cuando se hace referencia a los que ponen en juego las habilidades superiores que intervienen en la lectura –por ejemplo, para leer a los grandes autores de la literatura–, se agrega modificadores como “alfabetizados avanzados” o “altamente alfabetizados”. Algunos diferenciaron la “*alfabetización pragmática*” de la “*alfabetización cultural*” (Venezky, 1990: 3).

Nuevas investigaciones históricas, con enfoques originales, sobre las “revoluciones de la lectura” (Cavallo y Chartier, 1998:52) consideran la importancia de “la identificación de las grandes diferencias que, a largo plazo, se fueron ahondando entre los lectores y las lectoras”.

Estas investigaciones han reconocido las diferencias entre modelos como el cortesano, el monástico, el escolástico, el moderno y, aunque más preocupados por los usos y sus formas, no deja de tener presencia la asimetría entre las *dos tendencias de la alfabetización: una selectiva y otra popular*.

La diferencia se hace más explícita en los niveles de alfabetización del siglo XX cuando se define la alfabetización funcional.

Durante la primera guerra mundial, cuando se comprueba que los reclutas podían leer y escribir pero en un nivel que no les permitía cumplir sus funciones como soldados efectivos, se origina en Estados Unidos el concepto de *alfabetización funcional*.

Más tarde, con motivo del programa de la UNESCO para eliminar el analfabetismo en el mundo, con la colaboración de la OEA para América Latina, William Gray (1957) publicó una primera clasificación de los niveles de alfabetización en su clásico libro “**La enseñanza de la lectura y de la escritura**”

En función de las campañas de alfabetización, con recursos limitados, en regiones con grandes carencias económicas y atraso social, con mayor frecuencia en zonas rurales, Gray diferenciaba entre: 1) las **normas mínimas de alfabetización** y 2) la **alfabetización funcional**.

Las **normas mínimas** comprendían técnicas rudimentarias para leer un pasaje fácil y firmar con su propio nombre para resolver algunas necesidades de la vida cotidiana, ejercer los derechos cívicos y adquirir algún prestigio en las comunidades con mayoría de iletrados. La **alfabetización funcional** se proponía que el alumno fuera capaz de leer y escribir un párrafo en su lengua vernácula y escribir una carta con todos los requisitos formales. Para lograrla, se necesitarían **tres años de educación formal**.

Ese concepto evolucionó, y en el año 1978 la UNESCO definió al “**alfabetizado**” como “alguien que puede comprender o escribir un texto corto y breve de su vida diaria” (Ryan, 1995). Para ser “**alfabetizado funcional**” debía ser capaz de “intervenir en todas las actividades en las cuales la alfabetización es requerida para el efectivo funcionamiento de su grupo en la comunidad y también para capacitarlo en la continuidad del uso de la lectura, la escritura y el cálculo para sí mismo y para el desarrollo de la comunidad”.

Era una definición esencialmente relativa, ya que depende del contexto social al incluir *dos condiciones*: 1) la *habilidad de la lectura y la escritura*, y que 2) *ese dominio permita cumplir con las exigencias de la comunidad*.

Antes de determinada edad, una persona no está en condiciones de demostrar su capacidad de usar funcionalmente la lectura y la escritura. A este respecto, se destaca que las agencias que se ocupan de los censos han ido variando los límites de edad para evaluar la alfabetización. Así, en los Estados Unidos, desde 1870 hasta 1930 se registraban a partir de 10 años; en 1959 y 1969, a los de 14 años y más. La UNESCO en 1957 fijaba como límite los 15 años o más (Venezky, 1990: 5).

En las cuatro décadas transcurridas desde esa categorización se han producido cambios dramáticos en cuanto a las expectativas en la alfabetización y han variado los criterios para definir los niveles, debido a la gran complejidad ocupacional en la sociedad post-industrial; los materiales ocupacionales (manuales, instructivos, memos, etc.), que están escritos en un nivel más alto que el requerido por la alfabetización funcional; la acumulación de información y la dificultad para su procesamiento; la renovación de información que requiere ese procesamiento; los cambios en los textos y su lecturabilidad cada vez más difícil.

¹ Fragmento del artículo ¿Qué se entiende por alfabetización? De Berta Braslavsky, publicado en la revista *Lectura y Vida*, (2003) número 24, pp 6-21

Mientras aumentan las dificultades, se comprueban grandes falencias en la comprensión de los textos escritos, aún entre los jóvenes que han cursado el nivel medio. En los Estados Unidos, por ejemplo, hace poco tiempo se ha comprobado que el 70% no puede comprender un editorial del **New York Times**. En nuestro país (Argentina), dos investigaciones dirigidas por la Dra. Kovacci demostraron que los alumnos que ingresan a la carrera de Letras en la UBA muestran grandes falencias en la producción de textos escritos y en la comprensión de la lectura²

Ante estos hechos se propician cambios en los alcances de la alfabetización y sus equivalencias escolares. La pregunta principal es ¿cuál es la alfabetización requerida para vivir en una sociedad post-industrial compleja?, desde su laboratorio en la Universidad de Harvard, J. S. Chall (1990) sugiere los siguientes niveles:

- 1) por **debajo del nivel funcional**, que comprende desde el completamente iletrado hasta el que sólo lee etiquetas y signos;
- 2) **nivel funcional**, que permite leer textos simples, tales como artículos fáciles de revistas y el “periódico local”;
- 3) **lectura avanzada**, que permite leer textos escritos de manera abstracta, con capacidad de resolver problemas procesando una información compleja. Debería corresponderse con *diez años de escolarización*.

Se puede advertir que la alfabetización, reconocida y virtualmente definida como práctica elemental de la lectura y la escritura de las grandes mayorías, que en un principio participó de los proyectos emancipadores de la modernidad y de las utopías igualitarias, en realidad, y especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, se adaptó formalmente a las características heterogéneas de la sociedad que la construyó.

En los sistemas formales, los grados terminales de la educación básica se correspondieron con los niveles de la alfabetización funcional de acuerdo con las exigencias del trabajo. Su evolución, impulsada por las nuevas tecnologías, implicaba la necesidad de tener nuevas habilidades para leer los materiales más complejos que se generaban. En efecto, la *alfabetización “avanzada”*, tal como la define Chall, *no deja de ser un grado más alto de la alfabetización funcional*.

La alfabetización funcional avanzada no alcanza para todos los requerimientos de la sociedad actual debido a la complejización misma de los conocimientos y de los discursos que los comportan. Actualmente el concepto de alfabetización incluye habilidades más amplias que han generado el uso de expresiones como “alfabetización informática”, “alfabetización tecnológica”, alfabetización permanente”, “alfabetización avanzada”, “alfabetización académica”. Todas estas acepciones solicitan que se ejerza una lectura crítica e interpretativa, y no meramente extractiva de datos (Marín y Hall, 2005).

Leer críticamente implica que hay que procesar información de fuentes diversas y a menudo contrastantes (Solé, 2004), familiarizarse con las secuencias explicativas y argumentativas en los textos y reconocer posiciones epistémicas (voces en el discurso) no siempre explícitas, así como recursos argumentativos inscriptos en el lenguaje mismo (Marín y Hall, 2006). Escribir a su vez, implica reconocer qué temas y/o marcos teóricos se discuten y cuáles son las tendencias dominantes en determinada disciplina, para poder plantear nuevos interrogantes y nuevas hipótesis; al mismo tiempo escribir también supone un conocimiento lingüístico que permita la manipulación del lenguaje para configurar sentidos de eficacia.

Referencias

- Cavallo, G. y R. Chartier (1998) **Historia de la Lectura en el Mundo Occidental**. Madrid, Taurus.
- Chall, J.S. (1990) “Policy Implications of Literacy Definitions.” En R. Venezky; D. Wagner y B. Ciliberti, **Toward Defining Literacy**. Newark, DE, International Reading Association.
- Gray, W. S. (1957) **La enseñanza de la lectura y la escritura, un estudio internacional**. “Monografías sobre Educación”, UNESCO.
- Marín, M. y Hall. B (2005). Prácticas de lectura con textos de estudio . Buenos Aires: Eudeba.
- Ryan, John (1995) “Functional Literacy.” En Th. Harris y R. Hodges (eds.) (1995) **The Literacy Dictionary: The Vocabulary of Reading and Writing**. Newark, DE, International Reading Association, 90.
- Solé, I. (2004, julio). Leer y escribir en la educación superior. Ponencia presentada en I Congreso internacional “Educación lenguaje y Sociedad”. Santa Rosa, Argentina.
- Venezky, R. (1990) “Definitions of Literacy.” En R. Venezky; D. Wagner y B. Ciliberti (1990) **Toward Defining Literacy**. Newark, DE, International Reading Association, 2-16

² Proyecto UBACyT F1-024/1991-1994, “Estudio de la comprensión y producción lingüística de estudiantes que ingresan a la Universidad (Letras)” y Proyecto UBACyT F1-078/1997, “La comunicación académica en la Universidad”, bajo la dirección de la Dra. Ofelia Kovacci, y con la intervención de las siguientes investigadoras: Isabel de Santa Catalina, Hilda Albano, Mabel Giammatteo, Laura Ferrai y Dorotea Liberman